

2014

Llega Febrero y enfrascado en terminar de corregir la autobiografía dejo de escribir el diario. Por fin el día 10 coloco todo el texto junto con el índice en una sola carpeta. Hablo con Pepe Ribas sobre un posible editor y me sugiere varios diciéndome que espere una semana que tiene que hablar con los de Siruela para mirar si ellos podrían estar interesados. También me habla de editorial Circe y de Planeta con Beatriz de Moura. Ana Briongos me habló de una agencia literaria y creo que esperaré. Yo pienso en Anagrama que publicó las biografías de Eduardo Haro y Panero.

Creo que comencé a escribir la autobiografía en verano de 2011 con lo que habrán pasado dos años y medio.

Tras un tira y afloja con los del Reina Sofía sobre mi archivo, decidí reservármelo y prestarles el cartel y las fotos que querían para la exposición que tienen ahora

Me enfado porque no aparece. Cuando aparezca le diré que no puedo atenderle. No quiero volver a saber nada de él. Aparece. De pronto todo se me olvida. Gozo con su cuerpo. Su boca hace que desee su vuelta. ¡Qué me importa que sus labios no deseen los míos si los míos se mueren por besar los suyos!

Cuando pasa el tiempo y descubro que ese día es inútil continuar porque no voy a conseguir correrme, él siempre me pregunta decepcionado y mostrando algo de enfado “¿Nazario tú seguro follar otra persona? ¿Por qué no follar solo conmigo cada semana y no con otro?”. Yo sonrío y le miento diciéndole que no he follado con nadie desde la última vez que estuve con él y que si no me he llegado a correr es porque soy ya muy mayor. Él sonrío satisfecho con mi mentira y con su falso exclusivismo.

Anoche pensaba en la cama (lo anoté en un trozo de papel higiénico con el rotulador rojo que tengo en la mesita de noche para hacer los crucigramas blancos que vienen los domingos en El País), sobre cuál podía ser la razón que me lleva y que me ha llevado hasta ahora a pagar a los novios por follar conmigo. Una vez que asumí el mantenimiento de Alejandro como algo natural -tan natural como el mantenimiento de un hijo por parte de unos padres o el mantenimiento de una esposa por su marido-; cuando los primeros novios comenzaron a pedirme ayudas, préstamos que me devolverían o regalos, comencé también a asumirlo y cuando estos regalos comenzaron a institucionalizarse convirtiéndose casi en una paga o en un precio más o menos estipulado por la costumbre, el hecho de pagar por follar se convirtió en algo habitual.

Pero a lo que daba vueltas yo anoche era a las razones que me han podido llevar a pagar por el sexo:

¿Se trataba de pagar una tarifa como a un chulo pero encubierta bajo el nombre de regalo o ayuda?

¿Era una forma de asegurarme de que ese hombre volviera de nuevo, si no buscándome a mí, al menos buscando mi dinero?

¿Consistía en una especie de coacción para, en el caso de que no les apeteciera demasiado

follar conmigo, se sintieran obligados a hacerlo, y hacerlo con esmero, aunque yo no llegara a inspirarles entusiasmo alguno?

Los hombres que mantengo a mi lado a los que llamo novios, y los que busco, suelen ser inmigrantes homosexuales o bisexuales ardientes que buscan alguien con quien follar y no tener que pagar. Pululan por parques y jardines, sex shops gais o saunas. Muchos buscan relaciones más o menos estables con un maricón complaciente que tenga una casa en donde poder follar tranquilos, y si, además, reciben un regalo, se convertirían en las relaciones soñadas. Solo podría tener problemas si buscara, como la mayoría de los homosexuales, chicos jóvenes que, al estar más solicitados, resultarían más exigentes tanto en el precio (pidiendo tarifas más elevadas) o en la calidad de relaciones, (si les gusta ser penetrados, buscando pollas duras y de gran calibre).

Marzo de 2014

Día 10 lunes

Adaptarse de nuevo a la rutina diaria cuesta bastante trabajo tras los ocho o diez días frenéticos en Sevilla, el interminable viaje en tren que me hizo recordar los antiguos viajes en el "catalán" a causa de un incendio en un túnel que nos mantuvo en espera retenidos en Córdoba más de cuatro horas. Llegamos a las doce de la noche cuando la hora de llegada era a las ocho.

Hassan nos estaba esperando impaciente de deseo y exultante porque ya tenía el billete de Pakistán para el miércoles. Me ayudó a subir las bolsas mientras Alejandro, como si nada, se marchaba al Ocaña para saludar a los amigos y admiradores.

Con mi edad, con la cantidad de obras que tengo en mi colección privada tanto de cuadros, dibujos, archivos, postales, fotografías, cerámicas como de obras de amigos con lo que me gustaría hacer un catálogo, casi me urge buscar un destino para todo este "legado". Catalogarlo todo para mostrarlo con vistas a encontrar un lugar en donde depositarlo es una tarea complicada.

Ahora debo repasar las mil y pico de fotos que traigo de Sevilla para archivarlas y hacer algo con ellas.

También tendré que enviar la autobiografía a otras editoriales y esperar a ver que deciden Anagrama y Tusquets. Por lo pronto Juan Cerezo de Tusquets me envió un correo alabando el tono del libro pero quejándose del excesivo número de páginas. Según él una autobiografía debe tener un determinado número de páginas y no rebasarlo. Como resultan unas 900 que serían 450 a doble página y como el formato Word difiere del formato de un libro, me imagino que aún serán menos. Él me sugiere (de una forma fea) que recorte un poco las páginas de diarios. Le daré un repaso a ver qué puedo recortar pero me resultará difícil y doloroso. Le comentaré que el libro de Pepe Ribas "Los 70 a destajo", editado por rba tiene más de 580 páginas. Tendría que enviarlo a Circe y Siruela.

Los días en Sevilla fueron un no parar alrededor de Ocaña y sus homenajes.

Era un poco en recuerdo de aquellos primeros carnavales que se celebraron en Sevilla tras la Guerra y la Dictadura, el elemento aglutinador alrededor del que habían organizado el evento

y con cuya celebración se habían puesto de acuerdo (algo poco corriente), usando a Ocaña y la decisión de dedicarle una placa en la puerta de la Casa de las Sirenas.

No comprendo las razones por las que mi hermano, ya borracho como todas las noches, me llama y comienza a montarme una bronca por lo que había sentido al leer la entrevista que el chico de Sevilla me había hecho para su blog y había colgado en mi página facebook.

Día 14 viernes

Alejandro está ingresado en el Hospital del Mar. Tiene una neumonía. El miércoles estaba aquí Sebastián que había cumplido conmigo de nuevo con éxito (¡Tres orgasmos esta semana y otro ayer con Venancio constituyen todo un éxito comparable con tiempos ya casi olvidados!) y se dispuso a cumplir con Alejandro. Pasada una hora Alejandro comenzó a pedirme los Espiriva y otros inhaladores con urgente desesperación. Intentaba superar un ataque de asfixia con estos remedios sin conseguirlo y angustiándose progresivamente. Venancio se quitó de en medio. Alejandro no dramatiza y es inconsciente de los problemas y la gravedad de una situación como si se tratara de un niño. Le sugiero de llamar a un médico o avisar a una ambulancia. Decidimos avisarla y pregunto al ambulatorio que me da el número de teléfono. Les aviso y quedan en venir enseguida. Tanto Alejandro, que apenas si puede realizar ningún esfuerzo, como yo estamos muy nerviosos. Consigo que termine de vestirse. No sé qué hacer ni cómo encontrar alivio para remediar su asfixia progresiva. Bajamos la escalera lentamente. Cuando nos acercamos a la entrada de la Plaza aparece la ambulancia y lo meten dentro. Yo quedo fuera. Hace un aire frío y desagradable. Con la mascarilla de oxígeno comienza a respirar con más facilidad y monto delante encaminándonos al Hospital del Mar. Unas peligrosas y desagradables corrientes de aire invaden el pasillo en el que esperamos que le toque el turno para ser reconocido por el médico de entrada de urgencias.

Cuando me llaman encuentro a Alejandro en un pasillo acostado en una camilla y con una bata blanca. Su ropa está en una bolsa de plástico bajo la camilla. Su gorra blanca pastún ha llamado enormemente la atención entre enfermeros y familiares de pacientes. Me imagino que mis uñas recién cortadas y pintadas de un rojo coral desde la tarde anterior en que el maquillador me las pintó para la sección de fotos para la revista Candy, deberían llamar la atención aún más.

Luego cambiaron a Alejandro o unos habitáculos a los que llaman “box” que son unas especies de covachas con dos camas y un fregadero con las paredes alicatadas de blanco del tamaño de una celda. Allí le estuvieron haciendo pruebas (ya le habían sacado sangre y le habían hecho un electro y analizado la orina). En el brazo tenía un catéter por el que le iban pasando paracetamol para bajar la fiebre y más tarde antibióticos. Tenía treinta y ocho y medio y me resultaba incomprensible que no se hubiera sentido mal durante el día y antes de meterse en la cama con Sebastián. Decía que se notaba un poco raro pero lo achacaba al efecto del Cialis que había tomado. Incluso había hecho esfuerzos por follar sin conseguir que se le pusiera la polla dura a pesar de las furiosas manipulaciones de la apisonadora Sebastián ávido de meterse la polla por el culo. No habían conseguido follar y había comenzado a faltarle la respiración de forma alarmante. En alguna ocasión le había prevenido de que si seguía fumando, bebiendo y frecuentando los bares todas las noches hasta la una o las dos llegaría un día en que su precaria respiración llegaría a impedirle realizar los mínimos esfuerzos para

follar. Esto sin quererle prevenir y avisar de que podía llegar el día en que tendría que necesitar una bombona de oxígeno al lado para poder respirar. Hubiera sido inútil. Estaba viendo cómo su hermana María José o su tía Pili la usaban como algo que a él le resultaba casi divertido. Su capacidad de desdramatización me desarma y me frena cualquier comentario o crítica.

Tiene una neumonía y él la achaca a aire acondicionado del AVE al tener que permanecer nueve horas encerrado por la avería que sufrió cuando vinimos.

Estoy con él hasta las dos cuando me entero que lo tendrán allí en observación toda la noche. Me cojo un taxi y me marcho a dormir. A las siete ya estoy despierto. He de esperar que sean las nueve para entrar a verlo. La doctora dice que lo subirían a una habitación en donde tendría que estar varios días hasta que se hubiera curado la neumonía. Anoche le hice un caldo de pollo y verduras para llevárselo a ver si se lo toma porque las comidas en el hospital son nefastas.

Alejandro se enrolla como una persiana y cuando le preguntan una serie de datos que podría contar escuetamente, él acompaña cada dato con historias y bromas hasta aburrir a la enfermera que quiere terminar lo más rápido posible. Hoy irá a visitarlo Luisa, la enfermera hada madrina gran amiga de Rafa y Jesús que siempre ha sido muy amable cuando hemos necesitado su presencia. Alejandro está tierno y cariñoso y me coge la mano todo el tiempo ante las miradas de extrañeza de las visitas del hombre de al lado. Una gran ternura nos invade a los dos y yo desearía que volviera a casa curado y decidido a dejar de fumar y que no tuviera que necesitar el oxígeno para respirar. Anoche antes de dormirme me angustiaba pensando en mis dificultades respiratorias y en lo fatal que sería un ataque de ahogo de ese tipo estando solo en casa. Me acordé de la muerte de la pobre Paca la Tomate.

Alejandro está tranquilo y contento como si estuviera feliz allí. Se cansa cuando se levanta de la cama y va al baño y esto me preocupa. Come un poco forzado a veces y he de estar a su lado para que lo haga y controlarlo.

Anoche firmamos un papel aceptando que le hicieran una broncofibroscopia que no sabíamos lo que era pero que podría llegar a ser lesiva. He marchado inquieto al hospital para ver cómo había resultado la prueba.

Llego justo a las doce para esperar al hombre del osmotoc que viene a la una y consigue arreglarlo.

Recordando lo mal que lo pasé cuando visitaba a diario el hospital en que estaba mi padre, espero que estas inquietudes no me acarreen ningún problema de ansiedad o descontrol de sueño o de mi quehacer diario.

Día 22 sábado

Alejandro está de nuevo en casa. Ahora duerme tranquilamente. Durante la noche he dormido mucho más tranquilo a pesar de que me costó bastante dormirme a causa del temor a que me dieran uno de esos dolorosos calambres de las piernas. Tendré que consultarlo con el médico si no desaparecen con la ingestión de pastillas de potasio.

Sufrí esperando que Alejandro saliera de la prueba de la broncofibroscopia por las consecuencias que pudieran sobrevenirles. Afortunadamente a la media hora lo vi aparecer sonriente en el carrito que conducía el enfermero.

Me llamó Alejandro para decirme que le acababan de dar el alta y que fuera a recogerlo. Cogí el 59 que me dejó en la puerta del hospital. Ya tenía empaquetado todo. No hacía falta el oxígeno, solo unas pastillas de cortisona que deberá tomar durante varios días. Luisa vino con un bello ramo de calas cuando le avisé para decirle que nos marchábamos. Fotos de rigor que inmediatamente colgó en su facebook, foto que yo compartí en cuanto llegamos a casa. Alejandro pudo subir la escalera poco a poco sin gran dificultad. Yo había llamado insistentemente a Ibrahim para decirle si podía venir con un amigo para subir a Alejandro subido en una silla del bar pero no contestó.

Alejandro me pidió que eliminara de su vista cualquier rastro de yerba del altillo y acabo de hacerlo. Ha sido una tarea difícil porque lo tiene todo esparcido de paquetes de tabaco abiertos y agotados para hacer filtros, artefactos para moler la yerba, montones de librillos de papel de fumar, infinidad de bolsitas y botes con semillas, chinas guardadas en cajitas y cuando lo he fregado todo, veo una bolsa conteniendo una rama de maría seca con la yerba ya arrancada y en el fondo un puñado de cogollos. He hecho unos paquetes con todo y los tengo en la entrada dispuesto a tirarlos en cuanto baje. Las chinas las he guardado para regalárselas a Sergio o a otro para que las venda.